



FOTO GOMEZ.

NOTAS DE FILOSOFIA

P. ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS.

LOS AMBITOS Y LA ANGUSTIA

El hombre, como sabemos, es un ser nacido para desplegarse creando *ámbitos*. Estos *ámbitos* se crean al entrar el hombre en relación co-creadora con realidades valiosas que constituyen ya de por sí un *ámbito*. La obra de arte constituye una especie de realidad casi personal, relativamente autónoma, que el artista crea al sumergirse en el

ámbito de los valores artísticos. Un diálogo entre seres personales es un *ámbito* de convivencia que éstos crean merced a la posibilidad que tienen, como seres altamente estructurados, de abrirse a campos de actividad distintos y superiores a la mera conservación de la existencia. La libertad humana se nutre de esta capacidad de apertura hacia la creación de *ámbitos*. Estos *ám-*

bitos encabalgan unos sobre otros y constituyen el entramado de la personalidad de un hombre. Una persona humana tiene tantas más posibilidades de acción y, por ello, tanta más libertad cuantos más *ámbitos* crea e integra en su radio de actividad.

Por eso es impropio afirmar que la apertura a un *ámbito* *aliena* al hombre, lo enajena, lo pierde y adultera, porque, jus-

tamente al realizar tal tarea creadora, es cuando desarrolla su propia personalidad. Si distinguimos *persona* y *personalidad*, advertiremos que el hombre no tiene de una vez para siempre determinado su modo concreto de ser, aunque disponga de unas posibilidades fijas inscritas en su naturaleza. Cada ser humano va paulatinamente trazando la *figura* de su vida, configurando su personalidad, bien sabido que *personalidad* viene de *persona*, y este término era usado por los latinos en el sentido de *máscara teatral*. Tener personalidad es tener una *figura* correspondiente al *papel* que una persona desempeña en la gran "comedia humana".

El ámbito que envuelve, a su vez, a todos los ámbitos humanos en esa dialéctica de encabalgamiento mutuo es el *religioso*, que viene a constituir así, por derecho propio, el suelo nutricio último y más firme de la vida del hombre como ser espiritual. Afirmar, por tanto, que la experiencia religiosa auténtica aliena al hombre supone un desconocimiento radical de las leyes que rigen el despliegue de la personalidad humana.

El modo de arraigarse el hombre en la vida es abrirse a la creación de ámbitos, proceso de crecimiento análogo a como el árbol se afianza en la tierra nutricia expandiendo sus raíces en forma de cordones umbilicales. Tal apertura, dinámicamente creadora, es para el ser humano la máxima fuente de arraigo y amparo. Podríamos decir que, originariamente, el hombre tiene su asiento en un *entramado de ámbitos*. El hombre es un *ser que habita*, y el origen de toda habitación es un ámbito creado por el hombre en comunidad con las cosas, con los demás hombres, con los valores y con Dios. Así, *los espacios arquitectónicos vienen a ser la manifestación y encarnación visible de los diferentes ámbitos—familiares, sociales, políticos, religiosos...—que el hombre crea en su vida de convivencia*.

Pero he aquí que estos ámbitos son tan lábiles como fecundos e imprescindibles para la vida humana. Todo lo grande es quebradizo, y el alimento espiritual del ser humano pende de algo tan inestable, tan sometido a mil vaivenes, como son los ámbitos que debe ir creando esforzadamente a lo largo de su vida con afán humilde de enriquecerse entrando en contacto viviente con cuanto lo sobrecoge y plenifica.

Esta labilidad está a la base del drama-

tismo esencial al hombre, ser constitutivamente inestable e inseguro. Cuando el hombre advierte que se van cortando uno a uno los vínculos nutricios que lo unen al mundo a través de los diversos ámbitos que constituyen su clima vital, es invadido por un sentimiento irreprimible de asfixia y desamparo. El barco hace agua por todas partes, pierde estabilidad, se escora y poco a poco funde su personalidad en las aguas que lo anegan. Al sentir el hombre que su personalidad se quiebra, que pierde robustez y queda a merced del entorno, como está el animal vertido a un mundo de meros estímulos, todo da vueltas a su alrededor, se descentra, se deforma y el cosmos degenera en caos. Esta inversión total del orden que preludia un *desmoronamiento total de la existencia humana* es la fuente de la *angustia*.

No se angustia, pues, el hombre por sentirse infinitamente pequeño ante lo infinitamente grande, por sentir—como Pascal—el escalofrío que produce la inmensidad de los espacios siderales, sino por advertir que el suelo se agrieta bajo sus pies y se quiebra el fundamento de su existencia.

LA ANGUSTIA EN JEAN-PAUL SARTRE

La obra filosófica del existencialista francés Jean-Paul Sartre parece no tener más empeño que cortar los diferentes lazos que unen al hombre con la realidad y hacer imposible la creación de ámbitos. Por citar sólo tres obras significativas, en la obra teatral *A puerta cerrada* anula el ámbito del auténtico amor interhumano; en *Las moscas* intenta dar por anulado el ámbito de unión entre el hombre y Dios, y en la novela *La náusea* se esfuerza por considerar como únicamente auténtico el descenso a la actitud vital de *fusión con el entorno*, con la consiguiente pérdida del mundo de las significaciones, en que todos los existentes cobran sentido y razón de ser. La imposibilidad del amor convierte la convivencia humana en infierno. No hace falta cantar las excelencias—a fines torturadores—del azufre y el fuego. Todo es más sencillo y más agrio: "el infierno son los otros". La rebeldía contra Dios, al que Sartre convierte de *padre* en mero *señor* prepotente y arbitrario, es para el hombre despechado la fuente máxima de la desesperación. El hundimiento de la trama de significaciones hace del cosmos un caos, en que todos carecemos de sentido y estamos de sobra, de sobra antes

y después de la muerte y por toda la eternidad.

Nada más importante para comprender la decisiva importancia de los ámbitos para la vida humana que asistir de cerca al proceso que lleva a Sartre a esta triple pérdida que deja al hombre en una situación de desamparo metafísico. Por falta de espacio me limitaré a desarrollar los dos primeros puntos.

1. LA IMPOSIBILIDAD DE LA CONVIVENCIA EN AMOR

El amor auténtico, como sabemos, se dirige al centro nuclear del ser *personal*. Aunque al comienzo del proceso de enamoramiento el amor se prenda en ciertas cualidades de la persona amada, sólo adquiere su debida madurez cuando la unión vincula entre sí a dos personas *en cuanto tales*, entendiendo por persona, dicho del modo más sencillo, ese recinto interior al que deseamos hacer vibrar y conmover cuando pronunciamos el nombre de la persona amada. Todo nombre es digno de inmenso respeto porque es un vector que suscita por resonancia la presencia de mundos internos, enigmáticos y sobrecogedores.

Naturalmente, en este acceso del hombre al santuario íntimo del ser personal ajeno, el cuerpo juega un papel importante, como medio que es de encarnación expresiva del espíritu. El cuerpo es una especie de *campo abierto* donde el espíritu hace su presencia. Pero el amor, en sus momentos de plenitud, aun valorando el cuerpo con toda intensidad, lo desborda hacia las regiones más altas de la personalidad, a las que aludimos cuando confesamos amar algo con lo mejor de nosotros mismos. El proceso de purificación del amor, o, lo que es igual, de plenificación de la capacidad amorosa, tiende justamente a poner en forma la capacidad de no confundir lo más intenso con lo más perfecto, lo indispensable con lo fundamental, el fuego del crisol con el oro que en él prueba su temple. El amor auténtico es *transfiguración*, es decir, plenificación, integración, logro de las posibilidades más altas sin anular las más humildes, antes potenciándoles.

Por muy diversas razones, que aquí no puedo ni siquiera reseñar, Sartre olvida este carácter transfigurador y fija su atención en la condición que tiene el cuerpo, no de vehículo viviente hacia lo espiritual, sino de *pasta grávida* que tiende a despeñarse al

hombre hacia el reino oscuro del inconsciente. El ejercicio del amor es visto en su vertiente de entrega al vértigo de la caída en el empastamiento material, por parte del amante, y de reducción violenta del amado a mero *objeto corpóreo*. La práctica de la caricia, según Sartre, no tiene por fin sino alzar la carne a primer plano, concederle honores de primera figura y hacer sentarse al cuerpo en el solio real, como si el ser amado fuese un *mero objeto*. Dado que la reducción del ser personal a mero objeto es la meta de toda actitud *sádica*, que trata a un ser consciente con la crueldad con que un niño destroza un mero objeto, con el fin primario no de hacer sufrir físicamente, sino de rebajar de nivel moral, el amor aboca, según esto, a extremos *sádicos*. Al sentirse objeto de tal atentado a su dignidad de persona, el ser amado, según Sartre, reacciona devolviendo a su vez amor con idéntico fin malsano, y la convivencia humana se convierte, de este modo, en una carrera de mutuos intentos de degradación. Si el amor auténtico se dirige a la persona del amado y se nutre de su dignidad, y por ello va hermanado con una inquebrantable reverencia, el afán obsesivo de restar personalidad al amado se cruza en perpendicular con la fundación de ámbitos de comprensión y convivencia.

La violenta reducción del amor, por parte de Sartre, al nivel meramente corpóreo —y, dentro de éste, a sus vertientes más agrias y disolventes— responde en gran medida a su concepción unilateral de la *mirada humana*. Hay en la relación del hombre con los demás múltiples formas de mirada: tierna u hostil, acogedora o despechada, benévola o espante, airada o rendida, etc. Para Sartre, sin embargo, todo el que mira a otro tiende a reducirlo a un mero objeto, como sucede cuando se espía la conducta de alguien a través del ojo de una cerradura. El ser espionado no entra en relación de diálogo con el espía; es considerado como mero objeto de observación. La mirada espante *objetiva*, distancia al objeto espionado y quiebra toda posibilidad de fundar un ámbito de diálogo. Así, en la obra *A puerta cerrada* la lesbica Inés, despechada por la negativa de Estelle a sostener con ella relaciones amorosas, intenta hacer *inviabiles con su sola presencia* las que ésta inicia con el joven Garcin. Si el amor pide ámbito de intimidad, soledad acogedora, la mirada espante de un tercero diluye toda

relación de convivencia amorosa. Por eso pregunta airado Garcin si en el panteón-infierno en que se hallan encerrados no se hará nunca de noche, es decir, si sus tres desolados habitantes no serán jamás amparados por un clima de soledad, en que se apague el brillo petrificante de las miradas medusas de quienes miran con intenciones espantes, más cargadas de odio que de amor. Inés, con aire triunfante, proclama la duración eterna de esta *situación a tres* dilacerante, de ese irremediable vivir en compañía que, al no permitir la fundación de ámbitos de intimidad, constituye una forma de soledad asfixiante. Tras el fracaso de varios intentos de lograr una fusión amorosa por la vía de una desenfrenada unión corpórea, el protagonista Garcin declara indignado y como despavorido que no hace falta acudir a las imágenes del azufre y el fuego para describir las penas del infierno, porque el infierno es sencillamente el *encierro en compañía de otros*. "L'enfer c'est les autres." Este reconocimiento un tanto brutal del fracaso de una doctrina desorientada sobre el amor humano es acogido por la crispada Inés con un golpe de risa amarga y sarcástica que contagia a los demás y los sume en una especie de clima de vida sin sentido que no puede florecer sino en desesperación. La única salida posible a este descubrimiento ácido de que la convivencia verdadera—la que plenifica a quienes la fundan—resulta imposible es la entrega al vértigo de la inercia. Por eso, entre asombrado y cínico, el protagonista alza los hombros y exclama: "Bien, continuemos."

2. LIBERTAD DE DESAMPARO

Si advertimos en *A puerta cerrada* la sucesión brusca de los sentimientos de odio con los momentos de entrega al frenesí sensual, constataremos una idea muy importante por lo que toca al papel que juega en la vida del hombre la creación de ámbitos de convivencia, a saber: que *ésta no es posible en planos donde toda actividad humana está inspirada y reglada por el afán posesivo*. Del amor que no es sino posesión delirante del ser amado en su vertiente susceptible de dominio al odio que desearía anular el ser ajeno no hay la distancia que podría en principio parecer a una mirada superficial, porque ambos sentimientos responden a una actitud humana falta de la debida reverencia.

Análoga consideración cabe hacer de la *libertad* cuando es ejercida a impulsos de una voluntad a ultranza de autonomía absoluta de lo que podríamos denominar "robinsonismo metafísico". Un texto de Sartre, tomado de la obra teatral *Les Mouches*, puede servir asimismo de ejemplo.

Júpiter—como encarnación del Creador—insta al rebelde Orestes a retornar al orden de la Naturaleza, donde reina el bien en el núcleo más íntimo de los seres. Este "hijo desnaturalizado" vaga fuera del ámbito armónico del cosmos a impulsos de un afán incontrolado de autonomía y un sentimiento de despecho frente a la grandeza inconmensurable del Creador.

A la intimación de Júpiter, Orestes responde negando la realeza de Dios sobre los hombres y desafiando su poder. Júpiter insiste en que él es el creador de quien así se manifiesta. Y Orestes replica que *no era necesario haberlo creado libre*. En esta breve frase vibra toda la amargura que siente el hombre contemporáneo por el hecho de la libertad, entendido como fuente de responsabilidad, de obligación a crear libremente ámbitos de convivencia y de servicio, de compromiso con los grandes valores de la existencia.

Por eso agrega Júpiter esta observación decisiva: "Te di tu libertad para servirme", entendiendo el servicio no como una mera relación de vasallaje, sino como la fundación de ámbitos de amistad en que servir es una forma altísima de reinar. El ejercicio de la libertad humana, si ha de ser verdaderamente creador, debe renunciar a formas elementales de autonomía que parecen oponerse a cuanto significa vinculación heterónoma, atencencia a seres o valores ajenos. Este modo elevado de dependencia creadora, plenamente consciente, no es motivo de humillación para quien no está cegado por la soberbia y advierte que lo importante en la vida de libertad no es cortar amarras y navegar sin norte ni lastre, sino cumplir las condiciones requeridas para lograr una fecundidad creadora. Sólo la entrega a realidades superficiales esclaviza y aliena. El servicio a lo valioso plenifica y redime del agostamiento que sigue al desarraigo como la sombra al cuerpo. La cuestión decisiva en la vida del hombre no consiste en optar por uno de los términos del dilema: "servir o no servir", sino en determinar *qué forma de servicio* se muestra ca-

paz de saciar el apetito humano de creación de ámbitos nutricios.

Cuando no se entiende la libertad como puesta en acto del desarraigo fecundo que florece en creación de ámbitos nuevos—de amor, amistad, conocimiento, arte, etc.—, sino como la mera capacidad de realizar gestos en el vacío, sin el norte de una significación y una finalidad, la creación de seres libres aparece lastrada con el inmenso riesgo de que se maluse la libertad como medio para la ruptura del ámbito originario constituido por la relación del Creador y la creatura. A ello alude desgarradamente el libertino Orestes al responder diciendo que tal vez la libertad nos haya sido dada para servir a Dios, pero se ha vuelto contra El y nada pueden en contra ni la creatura ni el Creador. Una y otra vez, en diferentes contextos, Sartre subraya amargamente que el hombre está condenado a ser libre, con un tipo de libertad desarraigada que viene a significar una entrega al vértigo de la caída en la nada. Por eso advierte Orestes a Júpiter: "¡Soy mi libertad! Apenas me has creado y ya dejé de pertenecer." Sartre entiende como un proceso fatal la ruptura de los vínculos nutricios entre Dios y el hombre, y la describe como una imposición de la libertad en el momento en que el hombre realiza la experiencia del sinsentido de todas las cosas y un escalofrío de lucidez sobrecoge, como un latigazo, todo el ser hasta entonces vinculado al Creador, como a un lugar de origen. "Aun ayer—dice Orestes a Júpiter—eras tú un velo ante mis ojos, un tapón de cera en mis oídos; aun ayer tenía una justificación: tú eras mi justificación de existir, pues me habías puesto al mundo para servir tus designios y el mundo era una vieja entrometida que me hablaba de ti sin cesar. Y después tú me has abandonado."

Obsérvese la interpretación más bien negativa que ofrece Sartre de la significación que tiene Dios—como valor supremo, alfa y omega de la existencia—para un creyente. Más que un horizonte indefinido de posibilidades creadoras, es un objeto que embota la sensibilidad. El mundo como huella viviente de Dios, lugar nato de revelación del mismo, motivo perenne de agradecida contemplación religiosa para el hombre de visión pura, aparece aquí como un elemento perturbador de la serena entrega del hombre a sí mismo, a su caducidad sin sentido, a su libertad de desamparo.

Vistas así las cosas, el abandono del hombre brota por sí mismo, sin ser conjurado por Dios. Por eso se extraña Júpiter de que Orestes lo acuse de haberlo abandonado. Por toda explicación, Orestes describe con acento lírico el drama del brote de su libertad, que lo sume en el desamparo. "Ayer estaba con Electra; toda la naturaleza se apretaba en torno a mí; ella cantaba tu Bien, la sirena, y me prodigaba consejos. Para incitarme a la dulzura, el día ardiente se atemperaba con una mirada severa; para predicarme el olvido de las ofensas el cielo se tornó suave como un perdón. Mi juventud, obedeciendo tus órdenes, había surgido, estaba ante mi mirada suplicante como una prometida que va a entregarse; veía mi juventud por última vez. Pero, de repente, la libertad se ha fundido en mí y me ha transido, la naturaleza ha saltado atrás y no tuve edad y me sentí solo en medio de tu pequeño mundo benigno, como alguien que ha perdido su sombra y no tuviera nada en el cielo, ni Bien ni Mal, ni nadie para ordenarle."

He aquí en acción el concepto sartriano de libertad como *derelicción absoluta*. El hombre, al cobrar en la juventud conciencia rigurosa de su condición libre, siente que la vida gira sobre su eje hacia el origen, traspasa el umbral del nacimiento, desborda el momento límite de los orígenes y se instala allende los vínculos nutricios, creadores de ámbitos de acogimiento y amparo. Liberado de todo lazo de filiación, el ser humano se encuentra en la soledad metafísica del atenuamiento exclusivo a sí mismo.

Algunos críticos han señalado el afán reiterado de Sartre por evadirse del ámbito creado por la relación *padre-hijo*, que confiere a la vida humana un carácter de *don*, y hace del *agradecimiento reverente* la actitud humana normal. La falta de la necesaria sencillez para aceptar este carácter correlacional del ser humano, que surge como fruto de una donación y se logra plenamente al hacer, a su vez, de su vida un acto de entrega y de nutrición a las fuentes del ser, mueve a Sartre a proclamar, como exigencia ineludible de la libertad, el despojar al hombre de cuanto significa amparo y arraigo: *la conciencia de su origen por vía de filiación, su pasado, su ser permanente, su vinculación a valores inquebrantables, una meta vital inmutable, clara, elevada y donadora de sentido*.

Con razón Júpiter arguye a Orestes que tal forma de libertad no es sino una roña que lo come, un *exilio*. Orestes asiente: "Tú dices la verdad, un exilio." Tal unilateral concepción de la libertad, agrega Júpiter, es algo extraño a la naturaleza, al ser mismo del hombre, nacido para crear ámbitos y vivir en el clima de amparo que ellos crean. Orestes replica oponiendo a esta constructiva inserción en la vida de comunidad el sartriano caminar solitario del hombre que *crea su destino en cada instante*. "Extraño a mí mismo, lo sé. Fuera de la naturaleza, contra la naturaleza, sin excusa, sin otro recurso que yo mismo. Pero no regresaré bajo tu ley: estoy condenado a no tener otra ley que la mía. No regresaré a tu naturaleza: mil caminos hay trazados que conducen hacia ti, pero no puedo seguir más que mi camino. Pues yo soy un hombre, Júpiter, y cada hombre debe inventar su camino." La vida de libertad es un desierto sin rutas que el hombre debe trazar sin coordenada alguna de orientación, sin apoyo en criterios dados, en corrientes sociales de opinión, antes asumiendo en *cada instante* la plena responsabilidad de cada acción, que compromete la propia vida y la de los demás. Esta soledad humana, cuajada de enigmas y responsabilidades ineludibles, es la fuente de una angustia irremediable y sin límites. La "angustia", escribe Sartre en *Action* (29-XII-1944), es un vocablo un tanto solemne que encubre una realidad muy sencilla y cotidiana. Si el hombre no es, pero se hace, y si, haciéndose, asume la responsabilidad de la especie entera; si no hay valor ni moral que se den *a priori*, sino que, en cada caso, debemos decidir solos, sin ningún apoyo, sin guías y, no obstante, por todos, ¿cómo podremos no sentirnos ansiosos cuando tenemos que obrar?" Cuando el hombre se hace cargo, agrega, de su situación abrumadoramente solitaria y responsable, surge en su ánimo la desesperanza. Pero con ella comienza "el verdadero optimismo: el del hombre que no espera nada, que sabe que él no tiene ningún derecho y que nada se le debe, que se regocija de contar solamente consigo mismo y de obrar sólo para el bien de todos". Más allá de esta situación desesperada comienza, según Sartre, la vida humana "auténtica": la existencia en libertad, un modo de vida que ha succionado los ámbitos en torno y se reduce a un mero punto geométrico sin relieve.